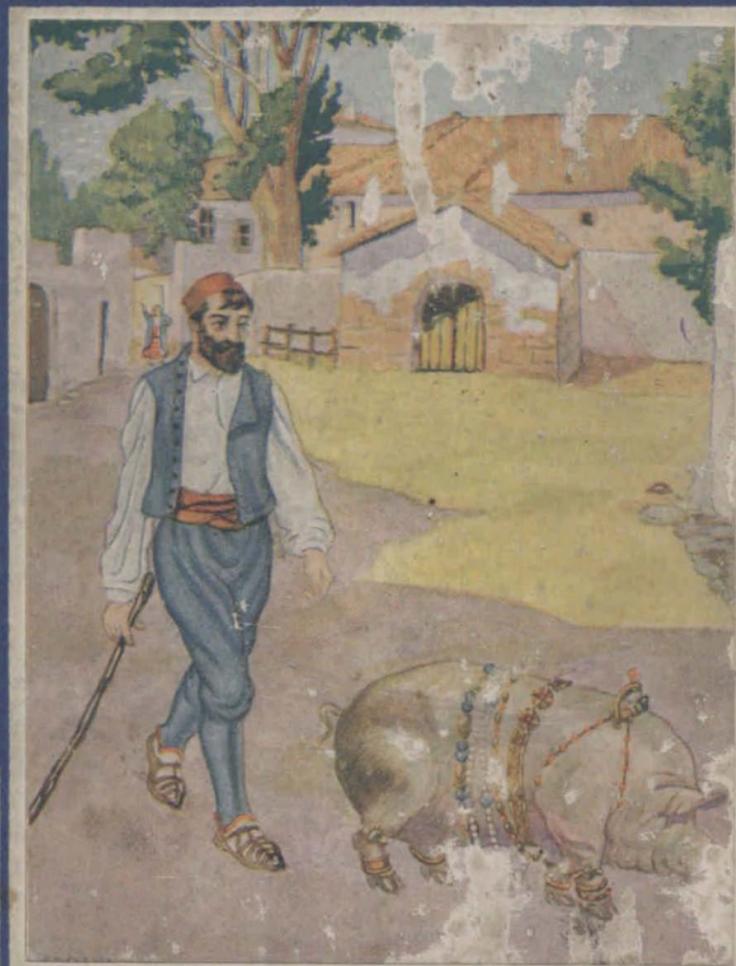


LOS MEJORES CUENTOS
DE TODOS LOS PAISES

CUENTOS GRIEGOS



Publicaciones *Araluce*

XX

LOS MEJORES CUENTOS
DE LOS MEJORES AUTORES

—

CUENTOS GRIEGOS

LOS MEJORES CUENTOS PARA NIÑOS

PUBLICADOS :

- | | | |
|--------|---------|---------------|
| I. | Cuentos | Armenios |
| II. | » | Armoricanos |
| III. | » | Flamencos |
| IV. | » | Rusos |
| V. | » | Japoneses |
| VI. | » | Africanos |
| VII. | » | Checoslovacos |
| VIII. | » | Napolitanos |
| IX. | » | Dálmatas |
| X. | » | Egipcios |
| XI. | » | Turcos |
| XII. | » | Celtas |
| XIII. | » | Irlandeses |
| XIV. | » | Indostánicos |
| XV. | » | Ingleses |
| XVI. | » | Noruegos |
| XVII. | » | Esquimales |
| XVIII. | » | Tibetanos |
| XIX. | » | Alemanes |
| XX. | » | Griegos |
| XXI. | » | Húngaros |
| XXII. | » | Italianos |

LOS MEJORES CUENTOS PARA NIÑOS
COLECCIÓN FOLKLORICA SELECCIONADA
DE TODAS LAS RAZAS
Y DE TODOS LOS PUEBLOS

XX

CUENTOS GRIEGOS

ÉPOCA ANTIGUA

**Psiquis. - Ceres y Proserpina. - El
Rey y el roble.**

ÉPOCA MODERNA

**El labrador que tenía la mujer y las
hijas tontas. - Constantes y el Dra-
gón.-La serpiente, el perro y el gato.**

ILUSTRACIONES DE

a. BELGUERA

PRIMERA EDICIÓN



PUBLICACIONES DE LA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 - BARCELONA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Es propiedad del Editor
Printed in Spain
Impreso en España

INDICE

	Págs.
Prólogo	7
ÉPOCA ANTIGUA	
Psiquis.	11
Ceres y Proserpina	29
El Rey y el roble	43
ÉPOCA MODERNA	
El labrador que tenía la mujer y las hijas tontas	49
Constantes y el Dragón	55
La serpiente, el perro y el gato	69

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

La luz del candil alumbraba de lleno...	21
...llegaron las cuatro hijas del Celeo;...	34
¡Apártate, porque el hacha podría herirte!	45
¡No te olvides de traerme un pastel de la boda!	54

CUENTOS GRIEGOS

PRÓLOGO

Es muy interesante comparar los antiguos cuentos griegos con los de épocas más antiguas y también con los de tiempos más recientes. Para los antiguos griegos todos los dioses de su mitología eran hermosos. La tierra, el aire, el mar, el cielo, la tormenta, los bosques y las flores, eran manifestaciones del poder espiritual de sus divinidades.

La libertad, el aire y la alegría eran elementos de la religión griega y bien reflejaban en todas sus historias, en las que irradia la belleza.

Los dioses modificaron la primitiva adoración del sol de las tribus arias y empezaron a imaginar como personajes reales al sol y el viento. De ello se desarrolló la creencia en muchos dioses y diosas. En su mitología todo estaba vivo y aun los lugares más apacibles de la tierra eran las viviendas

de las ninfas, de los faunos y los sátiros. Y aun concedieron naturaleza semidivina a los héroes, creyéndolos dotados de un poder sobrenatural. Es curioso hacer notar la semejanza básica que existe entre la leyenda de Psiquis y la más moderna de Lohengrin. Y aun es fácil imaginar que esta tradición o fábula tiene un origen mucho más antiguo que el de la Grecia clásica. En efecto, es preciso tener en cuenta que si bien consideramos a los griegos como creadores de muchas formas de belleza en todas las artes, en realidad recibieron las ideas básicas de otros pueblos más antiguos todavía, aunque ellos tuvieron el acierto de rodear aquellos mismos mitos de formas bellas y armoniosas y con tal perfección que, sin miedo de pecar de exagerados, puede afirmarse que, desde entonces, nada se ha hecho capaz de mejorar sus creaciones artísticas.

En cuanto a la literatura folklórica moderna de Grecia tiene caracteres más humanos y menos clásicos. Ya no toma por héroes a los dioses, sino a los dragones, a los animales, la magia y la astucia. En otros casos, como en el cuento del labrador, que

tenía la mujer y las hijas tontas, refiérense simples sucesos de la vida vulgar y corriente, aunque caricaturizados y, en una palabra, las consejas de la Grecia moderna ya no tienen nada de particular. Podrían agruparse entre la masa de consejas europeas, sin que se distinguiese de ellas por ningún carácter especial o por algún rasgo más ingenioso o poético.

EPOCA ANTIGUA

PSIQUIS

Cierto rey tenía tres hijas muy celebradas en el país en que vivía gracias a su extraordinaria belleza. Pero la más hermosa de las tres era la menor, llamada Psiquis, de tal manera que cuando las jóvenes princesas iban a los templos, eran muchas las personas que al ver a la menor, se figuraban estar en presencia de la misma Venus, diosa de la belleza, y algunos llegaron al extremo de ofrecerle guirnaldas que habían comprado o fabricado en honor de la diosa del Amor y de la Belleza.

La verdadera Venus se irritó mucho al darse cuenta de aquella confusión sufrida por sus adoradores y decidió vengarse en la pobre Psiquis, que no tenía ninguna culpa de lo que sucedía.

Un día la diosa ordenó a Eros, o sea el dios del Amor, que hiriese a Psiquis con una

de sus saetas auríferas, con objeto de que se enamorase de cualquier mendigo astroso y sucio, es decir, del hombre más desagradable y peor que se pudiese encontrar.

Eros tomó su saeta, descendió a la tierra y se dispuso a cumplir la orden de su madre. Pero en cuanto vió a Psiquis, quedó admirado de su extraordinaria belleza, de modo que, sin darse cuenta, se hirió él mismo con una de sus flechas. Y así, en vez de ser causa de que Psiquis se enamorase de algún horrible y sucio mendigo, él mismo quedó preso en la red amorosa y con todo su corazón, amó a Psiquis.

Mucho antes de que ocurriese esto, las dos hermanas mayores de Psiquis se habían casado con otros tantos príncipes reales, según correspondía a su alto rango, mas a pesar de su superior belleza, nadie fué a pretender la mano de su hermana menor. El rey sospechó que eso pudiera ser debido a la cólera de Venus y, por lo tanto, fué a consultar a un oráculo acerca de la conducta que debería seguir. La respuesta recibida ya no le permitió sentir ninguna duda acerca del particular, pues el oráculo le dió la siguiente respuesta:

“—Viste a tu hija de novia y llévala a lo alto de la montaña. Allí hay un enemigo des-

conocido y alado al que temen todos los mortales, y aun los mismos dioses que habitan el Olimpo. Y ese desconocido enemigo se apoderará de ella como el gavilán de la paloma.

El rey quedó transido de dolor, pero no se atrevió a desobedecer el mandato del oráculo. Por consiguiente, una noche, las doncellas de honor de Psiquis la vistieron su traje nupcial y formándose luego una procesión con todos los servidores de su padre, la escoltaron hasta conducirla a lo alto de un roca que había en la cima de una elevada montaña. Allí, tristemente, extinguieron todas las antorchas que llevaban y dejaron a la pobre princesa sola y en plena obscuridad.

En cuanto murió a lo lejos el rumor de los pasos humanos, Psiquis se sentó para entregarse al llanto y al temor. A cada momento creía oír el rumor de alas de algún dragón y aun sentir el dolor que le pudieran causar sus dientes y garras. Pero en vez de que le correspondiese tan aciago sino, sintió la fresca brisa agitada por las alas de Céfito, o sea el viento del Oeste, que, suavemente, levantó a la princesa del lugar en que estaba posada, luego hinchó las mejillas y, con su poderoso soplo, la mandó a un hermoso y verde valle donde la

dejó también con mucha suavidad sobre unas matas de violetas.

El valle, iluminado por la luz de la luna, era apacible y suave, de modo que Psiquis olvidó todos sus temores y, fatigada al fin por las emociones sufridas, quedóse dormida. Al despertar por la mañana vió una hermosa alameda de altos árboles y, en ella, un palacio maravilloso, ante cuya puerta principal manaba un hermoso surtidor de agua cantarina. Las grandes bóvedas del techo eran sostenidas por columnas de oro y las paredes estaban cubiertas de alicatados de plata; en cuanto al suelo, lo formaba un mosaico de piedras preciosas de todos los colores.

Tímidamente, Psiquis atravesó la puerta principal del palacio y recorrió todas sus espaciosas estancias, cada una de las cuales le parecía más espléndida que la anterior. No encontró a nadie, pero, una o dos veces, creyó oír rumor de voces suaves, como si todas las ninfas hablasen entre sí y en voz queda. Y tan confuso era aquel rumor, que lo mismo podía haber sido producido por voces que por el canto de un surtidor al caer en el pilón.

De pronto la joven princesa abrió la puerta de una habitación de grandes dimensiones, en

donde había dispuesto una mesa para un festín. Y era evidente que sólo se aguardaba a un comensal, porque sólo vió una silla y un cubierto. Psiquis, con algún temor, sentóse en la silla y las ninfas del palacio o cualesquiera otros seres que lo habitasen y a quien pertenecían aquellas voces entreoídas, acudieron a servir a la princesa Psiquis, aun cuando sin dejarse ver por ella. La hermosa joven comió deliciosas cosas y en cuanto hubo desaparecido el último plato, llevado por invisibles manos, resonó una música suave; un coro de voces armoniosas y luego un cantor que se acompañaba con una lira que, al parecer, tocaba por sí mismo.

Cuando desapareció la luz del día para dejar sitio a la noche, Psiquis empezó a temblar de nuevo, pues temía que el dueño de aquel palacio fuese, al fin y al cabo, el monstruo alado de que hablara el oráculo y que, a la postre fuese a apoderarse de ella. En ninguna de las puertas vió cerrojos ni manera de guardarlas. Por otra parte, tanto estas últimas como las ventanas, estaban abiertas de par en par como si no fuese posible la entrada de ningún ladrón ni de ningún enemigo de cualquier clase.

En cuanto las tinieblas hubieron caído sobre la tierra, la obscuridad fué tal que Psiquis ya no podía divisar su propia mano. Al propio tiempo oyó el rumor de alas y luego percibió claramente unos pasos que avanzaban por la sala principal.

Estos se acercaron rápida y suavemente al asiento que la joven había ocupado y luego, una voz dulce y musical, le dijo:

—Este palacio y todo cuanto contiene, hermosa Psiquis, es tuyo, si quieres consentir en vivir en él y en ser mi esposa. Las voces que has oído pertenecen a cien doncellas que obedecerán todos tus mandatos. Todas las noches yo vendré a verte; pero antes de que asome el día, tendré precisión de marcharme. No me exijas que muestre el rostro ni tampoco quieras saber quién soy. Confía en mí y no me pidas nada más.

Estas palabras tuvieron la virtud de disipar por completo los temores que había sentido Psiquis de ser devorada en el acto. Pero de todos modos no estaba muy segura de que aquella voz no perteneciese al monstruo.

A partir de entonces su misterioso amante fué a visitarla todas las noches, según le prometiera hacer. A veces ella esperaba ya su lle-

gada con verdadera impaciencia y, en cambio, otras, el rumor de sus alas la llenaba de terror.

Un día, mientras cogía rosas en un lugar desde el cual podía divisar la roca de donde Céfiro la llevó hasta el valle, vió a sus dos hermanas también en la cima de la roca llorando, golpeándose el pecho y al parecer desesperadas como si hubiese fallecido algún ser querido. Al oír luego que pronunciaban su propio nombre, comprendió que sus hermanas debían de llorar por ella, figurándose tal vez que había sido devorada en la cima de aquella misma roca. Las hermanas de Psiquis no siempre se mostraron bondadosas con ella, pero la joven princesa, a pesar de eso, estaba persuadida de que siempre la habían querido.

Aquella noche, cuando, ya obscurecido, llegó su enamorado, Psiquis le rogó que le permitiese visitar a sus hermanas para comunicarles que estaba viva y que era feliz. Y el ser misterioso, aunque al principio se negó a darle el consentimiento, al fin accedió a fuerza de ruegos por parte de la joven princesa.

Al día siguiente las dos hermanas volvieron a la cima de la roca y Céfiro las condujo del mismo modo que a Psiquis hacia aquel valle

encantador. Quedáronse asombradísimas al ver a su hermana y al darse cuenta de la buena fortuna que le había correspondido, pero en vez de alegrarse de ello, como era natural que hiciesen, sintieron en cambio una envidia extraordinaria. Entonces le dirigieron numerosas preguntas y manifestaron especialmente una gran curiosidad por saber quién era el dueño de aquel magnífico palacio. Psiquis, sin saber qué contestar, les dijo que se pasaba el día entero cazando por las montañas vecinas y cuando llegaron a este punto en su conversación, Céfiro, notando que las dos hermanas se mostraban demasiado curiosas, las arrebató en su poderoso soplo para llevarlas de nuevo a la cima de la roca. De este modo terminó aquella visita.

Transcurrió algún tiempo y aunque Psiquis se consideraba feliz, empezó a cansarse de vivir sola y de nuevo sintió el deseo de ver a sus hermanas. Su enamorado se lo concedió por segunda vez, pero la apercibió de que no contestase ni aun hiciese caso de ninguna de las preguntas que le dirigieran acerca de él mismo. Además la avisó, muy especialmente, de que si alguna vez intentaba verle el rostro, él se vería obligado a abandonarla para siem-

pre más y que también se desvanecería como un sueño el palacio en que entonces se hallaba.

Al día siguiente, Céfiro volvió a llevar a las dos hermanas al valle como la primera vez. Las dos envidiosas princesas habían pasado muy malos ratos al recordar la extraordinaria fortuna de su hermana. Sus mentes llenáronse de malvadas ideas y, entre ellas, se pusieron de acuerdo para trazar plan, mediante el cual, esperaban destruir la dicha de su hermana menor. Así, en cuanto la vieron por segunda vez, dijéronle que, sin duda alguna, el dueño de aquel palacio debía de ser una serpiente alada de aspecto horrible; el monstruo a que aludió el oráculo, y que la gente que vivía en aquella montaña lo habían visto dos días bajar al valle hacia el obscurecer.

—A pesar de que se haya mostrado tan bondadoso contigo, en realidad no espera más que el momento propicio para devorarte. Sabe que te quedarías aterrada si pudieses ver sus horribles escamas y por esta razón se niega siempre a dejarse ver por ti. Tú deberías seguir fielmente el consejo de tus hermanas, que son mayores y más prudentes que tú. Toma este cuchillo y cuando duerma el que crees tu futuro esposo, enciende un candil y con-

témplo a su luz. Si nuestras sospechas resultan ciertas, córtale la cabeza y, de este modo, podrás salvarte de una horrible muerte.

Dichas estas palabras, las dos hermanas de Psiquis le entregaron el cuchillo y se apresuraron a alejarse. En cuanto se vió sola, la pobre Psiquis no podía librarse de los temores que en ella despertaran las palabras de sus malvadas consejeras. Había desaparecido ya la fe que tenía en su futuro esposo. Y díjose que si, en realidad no tenía nada que temer, ¿por qué se mostraba aquél tan deseoso de que no lo viera? ¿Por qué se ocultaba siempre en la obscuridad de la noche como si fuese un ladrón o un criminal? ¿Por qué temía las visitas de sus hermanas? ¿Por qué estaba dotado de alas? Y, lo peor de todo, según recordó, estremeciéndose, fué que una o dos veces le había parecido oír el roce de una serpiente sobre los suelos de mosaico o de mármol.

En breve obscureció y no tardó la joven en oír la llegada del desconocido. Aquella noche Psiquis no quiso hablar con él y, por consiguiente, el desconocido fué a encerrarse en una estancia donde había un lecho y se entregó al descanso.

Entonces Psiquis, temblando de miedo, encendió varias lámparas, empuñó el cuchillo y se dirigió a la estancia en que yacía el desconocido. La luz del candil alumbraba de lleno su rostro y Psiquis, con gran sorpresa y alegría a la vez, no vió una escamosa serpiente, sino a Eros, o el Amor, el más hermoso de todos los dioses. Rodeaba su maravilloso rostro una profusión de rizos de color de oro y sus alas, blancas como la nieve, estaban plegadas, en tanto que las plumas, tan delicadas como las diminutas escamas de las alas de una mariposa, se agitaban suavemente a impulso de la respiración. A los pies del dormido estaban su arco y sus flechas.

Sobrecogida de sorpresa y de admiración y así como también de horror por lo que estuvo a punto de hacer, Psiquis dejó caer el cuchillo; luego, curiosa, tomó una flecha y, con su punta de oro, se pinchó uno de sus delicados dedos. Sosteniendo el candil por encima de su propia cabeza, volvióse a mirar por segunda vez a Eros, pero entonces ya dominada por el Amor. Transida de felicidad contempló la belleza de su amado, pero la mano en que sostenía el candil, temblaba tanto que una gota de su caliente aceite fué a caer en un hom-

bro del dios. Este abrió los ojos, dirigió una mirada de reproche a la curiosa princesa y luego, sin pronunciar palabra, se alejó, y en el acto desvaneci6se también el magnifico palacio, de modo que Psiquis se vi6 sola y abandonada en pleno valle.

Desesperada, la hermosa joven empez6 a buscar a Eros en todas direcciones. Encontr6 a Pan, a Ceres y a Juno, uno tras otro, pero ninguno de ellos pudo ayudarla en lo m6s m6nimo. Por fin Psiquis resolvi6 dirigirse a Venus, persuadida de que la madre del Amor ser6a bondadosa con ella que estaba enamorada de su hijo.

Mientras tanto Eros hall6base en el palacio de Venus y sufr6a mucho a causa de la quemadura que le ocasion6 la gota de aceite. Venus sab6a muy bien lo ocurrido, porque una gaviota fu6 a darle la noticia. Y la diosa estaba enojad6sima y al recibir a Psiquis le impuso una serie de condiciones de imposible cumplimiento. En primer lugar la diosa le mostr6 un gran mont6n de semillas que constitu6an el alimento de las palomas que tiraban de su carro y de los gorriones que la acompa6aban en sus viajes. En aquel mont6n de

semillas había trigo, cebada, mijo y otras muchas, bien mezcladas.

—Toma estas semillas—dijo Venus—y sepáralas por granos según su clase, pero con la condición de que habrás de terminar la tarea antes de que anochezca.

La pobre Psiquis no se sintió siquiera con ánimo para empezar la faena y, por consiguiente, se dejó caer sentada con la cabeza inclinada y cruzó las manos. Pero en aquel momento y por debajo de una piedra, se asomó una hormiga, la cual, al darse cuenta de la dificultad en que se hallaba la hermosa Psiquis, llamó al ejército de sus compañeras que acudieron en obsequio del Amor, y entre todas separaron rápidamente las semillas, formando con ellas varios montones, según su clase.

Cuando, al terminar el día, volvió Venus y vió que estaba ya terminada la tarea que impusiera a Psiquis, quedó en extremo sorprendida, arrojó a la pobre joven un pedazo de pan basto y le dijo que aun le esperaba una prueba más difícil al día siguiente.

Y, en efecto, en cuanto llegó la mañana, Venus llevó a Psiquis a la orilla de un ancho río y señalándole una alameda situada en la

orilla opuesta, donde pacía un rebaño de ovejas de dorada lana, le dijo:

—Tráeme alguna lana de esas ovejas.

Psiquis, impulsada por el deseo de recobrar a su amado, estaba ya a punto de arrojarle al río, pero entonces unas cañas que había en la orilla murmuraron a su oído: “No te acerques siquiera a esas ovejas, porque son feroces cuando el sol está alto en el cielo. Espera a que la canción del río las haya adormecido. Entonces podrás ir y recoger cuanta lana quieras por entre las matas, pues las ovejas pierden mucha entre ellas al atravesarlas.”

Así, Psiquis aguardó a que el sol estuviera a punto de ponerse, entonces cruzó el río y regresó con los brazos cargados de dorada lana.

Cuando Venus vió regresar a Psiquis, sana y salva, se enojó aún más.

—No es posible que hayas hecho eso sin consejo ajeno—exclamó—pero ahora veremos si eres lo bastante prudente y juiciosa para merecer el honor de ser esposa de Eros. Toma este vaso de cristal y llénalo de agua de la Fuente del Olvido.

Aquella fuente hallábase en la cima de una alta montaña. Su agua helada brotaba de una lisa roca, a mucha mayor altura de la que

pudiera alcanzar una persona cualquiera; y mientras el agua descendía por su estrecho cauce, gritaba: “¡Apártate de mí! ¡Cuidado! ¡Morirás!” A cada uno de los lados de la negra corriente había una cueva y también en cada una vivía un feroz dragón.

Cuando Psiquis llegó a aquel lugar y vió todo eso, quedó tan horrorizada que no le fué posible moverse ni proferir la menor exclamación. Sin embargo, también cumplió aquella orden, porque el águila de Júpiter, para la cual el Amor había sido bondadoso, tomó el vaso de cristal y, en lugar de la joven, lo llenó él en la fuente.

Psiquis se dirigió al encuentro de Venus, llevándole el agua y llena de esperanza de que aquella vez la habría dejado complacida. Pero Venus estaba más encolerizada que nunca.

—¡Eres una bruja!—exclamó—. De lo contrario no hubieras podido hacer nada de eso. Pero aun te queda otra prueba: toma esta caja, llévala a la morada de Plutón y pregunta a Proserpina si podrás traerme una parte de su belleza.

En cuanto Psiquis oyó estas palabras, tuvo la certeza de que Venus buscaba el modo de hacerla morir y persuadida de la inutilidad

de seguir luchando contra la diosa, subió por la escalera de una alta torre, dispuesta a arro- jarse desde arriba. Pero las piedras de la to- rre le dijeron: "Oye, Psiquis, en ese oscuro abismo, cubierto de plantas espinosas, hay un sendero que conduce a la morada de Plutón. Toma un pan de cebada en cada mano y dos monedas de oro en la boca. Luego echa a an- dar por esa senda. En cuanto llegues al río de los Muertos, Caronte te pasará en su barca a cambio de una de tus monedas. Cuando lle- gues a la puerta del palacio de Plutón, guar- dado por el Cancerbero, da a ese perro feroz uno de tus panes, y así te permitirá pasar, en- tonces podrás penetrar en el palacio donde reina Proserpina. Ella te dará una porción de su belleza que encerrará en la caja y así po- drás regresar por el mismo camino. Al pasar darás el segundo pan al Cancerbero y tú úl- tima moneda a Caronte, pero hemos de encar- garte una cosa: que de ninguna manera mires al interior de la caja."

Psiquis agradeció extraordinariamente este consejo y lo siguió en todos los detalles, con excepción de uno, a su regreso olvidó el con- sejo de no mirar al interior de la caja. Como el Amor había huido de ella, sus sufrimientos

fueron tan grandes que casi había desaparecido toda su belleza, por consiguiente, creyendo que no sería malo apropiarse de una pequeña porción de la belleza de Proserpina, levantó ligeramente la tapa de la caja, pero entonces se escapó de ella un vapor casi invisible y sumió a la joven princesa en un profundo sueño.

Y tal vez no despertara nunca más de él, si el Amor, curado ya de su herida, no pasara por su lado y la viese. El dios la sacudió hasta que despertó de nuevo y luego la mandó a presencia de su madre con la caja, en tanto que él emprendía directamente el vuelo hasta el Monte Olimpo, para referir a Júpiter todo lo ocurrido.

El dios de los dioses y los hombres, después de escuchar la historia, dijo que Psiquis sería convertida en inmortal y en prometida de Eros.

Inmediatamente fué despachado Mercurio para que fuese a buscar a Psiquis y la llevase al Monte Olimpo, donde ya los dioses se habían congregado en torno de una mesa para celebrar un festín.

Júpiter entregó a la doncella mortal una crátera de néctar sagrado, cuya bebida pro-

porciona la inmortalidad. Psiquis bebió néctar de la cratera de oro y, en el mismo instante, surgieron de sus hombros dos hermosas alas de mariposa y así, en todo, fué ya igual que los dioses.

Después se desposó con Eros, que nunca más se separó de ella. Apolo entonó sus mejores canciones en la fiesta del Himeneo y, Venus, olvidaba ya su cólera, ejecutó sus mejores danzas.

CERES Y PROSERPINA

En la isla de Sicilia, a grande altura entre las montañas, hubo en otro tiempo un hermoso valle conocido con el nombre de "valle de Etna". Pocas veces un ser humano, ni aun los pastores, llegaban a tal altura, pero las cabras, que saben encaramarse por las pendientes más acentuadas y resbaladizas de las rocas, conocían muy bien aquel valle y les gustaba pacer la dulce hierba que en él crecía. Y también los jabalíes tenían la costumbre de visitar aquel lugar.

Aquel valle sólo era visitado por Céfiro, siempre suave y agradable, la hierba era allí siempre verde y estaba cubierta de flores. A cada lado había umbrosas avenidas y numerosas fuentes de agua fresca y cristalina. Difícil fuera hallar un lugar más agradable.

Allí vivía Ceres, la Madre de la Tierra, una de las diosas más prudentes. El valle debía su

belleza a la presencia de la diosa y también a eso se debía su hermosa vegetación, porque Ceres presidía el crecimiento de todas las plantas de la tierra y sabía hacer madurar los frutos, dar aroma a las flores y cuidar de los corderitos y de los niños, y también poseía las fuentes que surgen de ignorados lugares.

Un día, Proserpina, la hijita de Ceres, jugaba en los prados de Etna. La niña tenía el cabello dorado, sus mejillas parecían flores del manzano y ella misma asemejábase, en todo, a una flor por su lozanía y su belleza.

Las hijas de las ninfas del valle solían jugar con Proserpina y todas corrían por la hierba, descalzas y felices en extremo.

Empezaron a recoger flores con las que llenaron sus cestitos y luego se adornaron con ellas. De pronto Proserpina vió una flor que le hizo olvidar todo lo demás. Parecía una variedad del narciso, pero era gigantesca y su aroma tan potente que se difundía por toda la isla.

Llamó Proserpina a sus compañeras de juego para mostrarles la flor, pero notó que estaba sola. Avanzó para coger aquella extraña flor y entonces pudo notar que su tallo tenía manchas semejantes a los de una serpiente,

cosa que le hizo recelar de la posibilidad de que fuese venenosa. Mas la flor era tan bella que se esforzó en arrancarla. De momento no lo consiguió, mas al dar un tirón más vigoroso, soltóse la tierra en torno del tallo y la niña oyó un trueno subterráneo. Entonces apareció de pronto una negra caverna y, de sus profundidades, surgieron cuatro caballos negros que arrastraban un carro de oro en el cual se sentaba un rey, cuya cabeza se adornaba con una corona; pero debajo de aquella corona aparecía el rostro más feroz que se hubiera podido imaginar.

Al ver todo aquello, la niña quiso echar a correr, pero el rey contuvo sus caballos al instante e, inclinándose, agarró a la pobre Proserpina y la sentó a su lado. Luego azotó a los caballos, que echaron a correr con velocidad fantástica.

Proserpina empezó a gritar, llamando a su madre y Helios, el dios del sol, descubrió el rapto de Proserpina. Hécate, por su parte, que estaba sentada a la entrada de su cueva, oyó el grito de la niña y el ruido de la rueda, pero nadie más se había enterado de lo ocurrido.

Ceres, estaba al otro lado del mar, en un

país lejano, vigilando las cosechas. Oyó el grito de Proserpina y como gaviota que advierte el peligro de sus polluelos, acudió presurosa, atravesando el mar.

Llenó el valle con sus gritos, pero nadie le contestó. La extraña flor había desaparecido y sólo pudo encontrar las huellas de la niña y algunas rosas esparcidas. Ceres adivinó que aquellas eran las huellas de su hijita, pero no pudo seguir las a gran distancia porque una piara de jabalíes, había pasado por allí borrando las huellas de Proserpina.

Aunque preguntó a las hijas de las ninfas, Ceres no pudo averiguar nada de ella. Envio a su propia mensajera, a la blanca cigüeña que trae la lluvia y aunque el ave voló a grandes distancias, no trajo ninguna nueva de Proserpina.

Al obscurecer, la diosa encendió dos antorchas en la llameante cumbre del monte Etna y continuó su búsqueda. Durante nueve días, con sus noches, anduvo de un lado a otro, registrándolo todo y en la noche décima, casi al amanecer, encontró a Hécate, que llevaba una antorcha en la mano y que también buscaba algo, al parecer.

Hécate refirió a Ceres que había oído el

grito de Proserpina y el estruendo de las ruedas del carro, pero que no vió cosa alguna. Luego acompañó a la diosa a interrogar a Helios, el dios del sol, acerca de si sabía lo que ocurrió aquel día, porque el dios del sol viaja en torno del mundo y debe ver cuanto en él sucede.

Ceres encontró a Helios, sentado en su carro y dispuesto a hacer galopar sus caballos a través del cielo. El dios contuvo a los fogosos animales por un instante, mientras daba cuenta a Ceres de que Plutón, el dios del mundo subterráneo, le había raptado la hija, llevándosela a vivir en su oscuro palacio.

Al oír Ceres tal noticia comprendió que había perdido a su hija para siempre. En adelante vivió alejada de los demás dioses y se refugió en los lugares ocultos de la tierra. Tampoco frecuentaba el trato de los humanos, porque adondequiera que fuese encontraba alguna madre feliz rodeada de sus hijos y el espectáculo le daba gran tristeza y, muchas veces, llegó a envidiar a los más pobres campesinos y aun a las avecillas que anidaban en los árboles.

Un día estaba sentada a un lado de un camino y cerca de una fuente, a la sombra de

un olivo. Mientras tanto llegaron las cuatro hijas del Celeo; llevaban jarros de oro en los hombros y se dirigían a la fuente para llenarlos de agua y al ver sentada a una anciana muy triste, le dirigieron bondadosas palabras. La diosa procuró no dar a entender cuál era su condición y dijo a las cuatro princesitas que unos piratas la habían robado de su patria y que evitó ser vendida como esclava emprendiendo la fuga en el momento en que la nave pirata tocaba en la isla.

—Soy anciana y, aquí, extranjera—dijo—pero aun puedo trabajar para ganarme el pan. Sé cuidar una casa y también un niño.

Al oír tales palabras las cuatro hermanas volvieron presurosas al palacio, para pedir permiso para llevar a la anciana para vivir con ellas. La reina, su madre, les dijo que podían tomarla como aya de su hermanito, Demophoon.

Así, pues, Ceres fué a vivir a la casa de Celeo y el pequeño Demophoon se desarrolló magníficamente gracias a sus cuidados.

Ceres no tardó en cobrar intenso amor por aquel niño mortal; tanto, que deseó darle la inmortalidad. Sólo conocía un medio de lograrlo y consistía en bañarlo en ambrosía y

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



...llegaron las cuatro hijas del Celeo;...

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

luego, una noche tras otra, ponerlo junto al fuego hasta que quedaran consumidas por él todas sus partes mortales. Todas las noches lo hacía así, sin decir una palabra a nadie, y gracias a aquel tratamiento, Demophoon adquiría de día en día más semejanza a los dioses, pero una noche, su madre, que estaba despierta a hora avanzada, oyó algún ruido, levantó un tanto las cortinas y se asomó. Allí, ante el hogar, donde ardía un gran fuego, hallábase la anciana aya con Demophoon en sus brazos. La madre observaba en silencio, pero al ver que Ceres ponía al niño en el fuego, dió un grito de terror.

Aquella voz destruyó el encantamiento. Ceres sacó al niño del fuego y lo dejó en el suelo. Luego dijo a la temblorosa madre, que había deseado hacer inmortal a su hijo, pero que ahora eso era ya imposible. El niño crecería y envejecería para morir al fin como los demás mortales, y, quitándose la capucha azul que le cubría su cabeza, perdió todo aspecto de ancianidad y se apareció grande y hermosa como era realmente. Su cabello, que le cubría los hombros, era dorado, como las espigas de los campos. La madre de Demophoon comprendió que el aya de su hijo había sido

Ceres, pero ésta desapareció en el mismo instante.

Después la diosa continuó su vida errante y solitaria, sin cuidarse de los lugares que visitaba. Un día, cuando estaba sentada en una piedra, al pie de un camino montañoso, y se sentía más triste que nunca, oyó una voz que decía:

—¿No te da miedo, madre, estar sola, aquí, en la montaña?

Al oír la palabra “madre”, Ceres levantó la mirada y vió a una pequeña campesina, seguida por dos cabras.

—No, hija—le contestó—no tengo miedo.

Entonces y de entre los árboles, salió el padre de la niña, cargado con un haz de leña, e invitó a Ceres a que fuese a pasar la noche a su cabaña. Al principio la diosa rehusó, pero acabó aceptando la invitación.

—Eres más feliz que yo—dijo Ceres al leñador mientras se dirigían a su casa—tú gozas de la compañía de tu hijita y yo he perdido la mía.

—¡Ay, no me faltan penas!—gimió el leñador—. ¡Tengo muchas! Temo que mi único hijo, Triptolemo, esté ya muerto en mi cabaña.

—Esperemos que pueda curarse—contestó Ceres.

Al mismo tiempo se agachó para coger unas cuantas amapolas.

No tardaron en llegar a la casita, en donde encontraron a la madre, llorando dolorida al ver que se moría su hijo.

Ceres se inclinó sobre el niño y lo besó en ambas mejillas. Al mismo tiempo las flores rozaron ligeramente el rostro del pequeñuelo. Este dejó de gemir y se durmió apaciblemente. Y, a la mañana siguiente, Triptolemo se despertó fuerte y vigoroso.

Y cuando Ceres llamó a sus dragones alados para que la transportaran a través de las nubes, dejó a su espalda a una familia feliz y agradecida.

Mientras Ceres lloraba la pérdida de su hija, dejó de cuidar las semillas que contenía la parda tierra y las consecuencias de eso fué que no pudieron germinar y así no se produjeron granos con los cuales se pudiera hacer harina y pan. Pero no solamente descuidó la madre Ceres el cuidado de la semilla, sino que la hierba adquirió un color pardo y se secó, los olivos perdieron sus hojas y los pajarillos emigraron en busca de mejores tie-

rras y aun las ovejas que pacían entre las fuentes del valle de Etna, enflaquecieron tanto que daba lástima verlas.

Júpiter comprendió que sin los cuidados de Ceres, no era posible la vida en la Tierra, pues no tardarían en morir hombres y animales por falta de alimentos. Entonces ordenó a Iris, que hiciese aparecer el puente del arco iris en el cielo, para descender rápidamente a la cueva donde Ceres lloraba a Proserpina.

Una vez allí debía persuadir a la diosa de que olvidase su pesar y volviera al cuidado de los campos, que tanto la necesitaban.

Iris encontró a Ceres sentada en un rincón de la cueva entre las sombras y envuelta en un manto azul obscuro que casi la hacía invisible. La entrada de Iris alumbró todos los rincones de la cueva y produjo hermosos destellos de colores que danzaban por doquier, pero ni aun así logró que Ceres sonriese.

Luego Júpiter mandó a todos los dioses uno tras otro, a la cueva de Ceres, pero ninguno fué capaz de consolar a la madre de la Tierra, que seguía muy triste.

En vista de eso, Júpiter envió a Mercurio, al reino de Plutón, con objeto de que tratase de persuadir al severo rey de que permitiera

el regreso de Proserpina al lado de su madre.

Cuando Mercurio dió cuenta de su mensaje al rey Plutón, Proserpina que estaba sentada en su trono, dió un salto, deseosa de ver nuevamente a su madre y Plutón, notando su alegría, no pudo negarle el consentimiento. Así, ordenó que preparasen los negros caballos y el carro de oro para devolver a Proserpina a la tierra, pero antes de que la joven subiese al carro, Plutón le preguntó, astutamente, si no querría comer una de las granadas que crecían en su jardín. Proserpina se limitó a tomar cuatro granitos. Luego los caballos se llevaron a Mercurio, y a la hermosa joven hasta la tierra y directamente a la cueva en que se hallaba Ceres.

¡Cuán extraordinaria fué la transformación de ésta! ¡Con qué rapidez salió de la cueva al oír la voz de su hija! Ya no pensó más en llantos o suspiros. Proserpina se lo refirió todo a su madre; cómo encontró aquel maravilloso narciso, cómo se abrió la tierra dando paso a los caballos de Plutón y cómo el rey del mundo subterráneo se apoderó de ella, raptándola.

—Dime, querida hija—preguntó Ceres lle-

na de ansiedad—¿has comido algo durante tu permanencia en el mundo subterráneo?

Proserpina confesó que había tomado cuatro semillas de granada. Al oírlo, Ceres se golpeó, desesperada, el pecho y una vez más suplicó a Júpiter. El rey de los dioses y de los hombres decidió que pasaría ocho meses cada año al lado de su madre y los cuatro restantes, uno por cada semilla que comió, en el mundo subterráneo y en compañía de Plutón.

Entonces Ceres regresó a su hermoso valle de Etna y volvió a ocuparse en su trabajo de proteger los campos. Las pequeñas simientes pardas que durante tanto tiempo permanecieron dormidas en la tierra, germinaron en el acto y empezaron a crecer. Manaron las aguas de las fuentes, la parda hierba de las montañas recobró su verdor, los olivos y las vides echaron nuevas hojas; los corderillos y los cabritos crecieron alegres y robustos y saltaban más alegres que nunca; y todas las huestes de pajarillos volvieron a aquellos lugares capitaneados por la cigüeña de Ceres.

Durante los ocho meses que Proserpina vivía con ella, Ceres solía frecuentar el trato de los campesinos y se situaba al lado de los hombres mientras se ocupaban en las labores de

la cosecha, ayudaba a las mujeres a amasar el pan y así, gracias a sus cuidados, todo prosperaba. Tampoco olvidó a la familia de campesinos griegos que la invitaron a pasar la noche en su cabaña y en donde ella curó al pequeño Triptolemo. Visitó de nuevo aquella familia y enseñó al muchacho a arar, a sembrar y a segar como lo hacían los campesinos de su propia Sicilia. Y al fin llegó la época en que Proserpina tuvo que regresar al lado del rey Plutón y entonces Ceres volvió a ocultarse en las sombras de la cueva, como hiciera anteriormente. Toda la naturaleza pareció quedarse dormida, pero ya ningún campesino sentía el más pequeño temor, porque estaban persuadidos de que Proserpina regresaría y de que la amorosa madre de la Tierra volvería a cuidar de sus hijos.

EL REY Y EL ROBLE

Antiguamente había en Tesalia una hermosa alameda consagrada a Ceres. Los árboles que la formaban tenían ya muchos siglos de edad. Eran enormes y sus grandes ramas estaban tan inmediatas unas a otras que apenas podía un rayo de sol llegar al suelo a través de ellas.

Reinaba en aquella alameda un fresco muy agradable, aun en el día más cálido. Los cervatillos y sus madres se tendían sobre las agujas de pino y a la sombra del follaje, sintiéndose allí más seguros que en otra parte cualquiera. Cantaban los pajarillos entre el ramaje de los árboles más corpulentos y, al abrigo de sus copas, había numerosos nidos.

El templo de la diosa se alzaba en un claro rodeado de murmuradoras fuentes, cuyas aguas mantenían allí la frescura y la lozanía de los vegetales. Allí crecía el árbol más cor-

pulento y grande de todos. Era un gigantesco roble, tan alto que su copa parecía llegar casi al cielo. Sus ramas inferiores estaban rodeadas de guirnaldas y de tablillas votivas en las que se habían escrito las frases de agradecimiento de los fieles que recibieron el auxilio de Ceres.

Todos los árboles de aquella alameda estaban habitados por una hamadriada, ninfa de los bosques cuya vida estaba ligada a la del árbol que le servía de morada y si el árbol moría, perdía al mismo tiempo la vida la hamadriada. Tales árboles no se cortaban nunca. Al mediodía todas aquellas ninfas solían bailar en corro en torno del gigantesco roble y a veces Pan, el de los cuernos y patas de cabra, acudía también para bailar con ellas.

A corta distancia de aquel lugar, el rey de la comarca hacía construir un nuevo palacio. En cuanto estuvieron terminados los muros, necesitó vigas para el techo. Un día, al dar un paseo, llegó por casualidad a la alameda de Ceres y contempló, entusiasmado, el enorme roble, de modo que, al día siguiente, volvió allí acompañado de veinte leñadores, cada uno de los cuales empuñaba un hacha o una sierra.

El rey les ordenó que cortasen todos los ár-

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



¡Apártate, porque el hacha podría herirte!



boles de la alameda, pero como ellos sabían que estaba consagrada a Ceres y que siempre se procuró no lastimar a los árboles aun cuando habían pasado más de diez siglos desde que allí nacieron, de momento no se atrevieron a cumplir aquella orden.

Pero el rey al verlo, encolerizado, empuñó un hacha y, con tremenda fuerza hundió la hoja en el tronco del gigantesco roble. Inmediatamente se oyó un chillido de dolor. Era la voz de la hamadriada, pero el rey dijo que sólo había sido el silbido del hacha al cruzar el aire y no quiso interrumpir su tarea destructora.

Precisamente entonces la anciana sacerdotisa salió del templo y con muy buenas palabras advirtió al rey la conveniencia de no irritar a Ceres; además le recordó que la diosa tenía poder sobre todas aquellas cosas que crecían sobre la tierra.

Pero el rey no le hizo ningún caso y siguió dando hachazos al árbol. Luego, interrumpiéndose un instante, dijo a la bondadosa y anciana sacerdotisa:

—¡Apártate, porque el hacha podría herirte! Cuando vuelvas a ver esos árboles esta-

rán convertidos en vigas para sostener el techo de mi palacio.

Sin replicar palabra, la sacerdotisa se alejó, pero en su rostro apareció una extraña expresión, que le dió gran parecido con el propio semblante de Ceres.

No tardó el enorme roble en caer, con gran ruido. La moribunda hamadriada profirió un suspiro mortal y las demás ninfas le contestaron también con gritos de agonía, los leñadores estaban asustadísimos y, por su gusto, no tocaron los demás árboles, pero el rey, insistió en que no dejaran uno en pie.

En breve tiempo quedó terminada la construcción del palacio que, realmente, era magnífico. Y como no ocurriese nada desagradable, el rey empezó a creer que Ceres había olvidado la destrucción de la alameda sagrada, o bien que no tenía poder suficiente para castigarlo.

Mas no tardó en llegar el castigo. Cumpliendo la orden de Ceres, el Hambre se presentó en Tesalia. El Hambre era una servidora de la diosa, vieja espantosa que adondequiera que iba mataba todos los vegetales y luego sembraba el hambre en todas direcciones. Al aproximarse el Hambre, empezaron a secarse las

hermosas fuentes de la alameda de Ceres que, durante muchos años, alimentaron los cauces de los ríos del reino, y éstos quedaron reducidos a la condición de arroyuelos. Cesó la lluvia y se perdieron las cosechas. Los campesinos empezaron a perder el ánimo y, uno a uno, reunieron todos sus bienes, en su parte compuestos por rebaños, y partieron en busca de otras tierras menos hostiles.

Una noche y a pesar de que todas las puertas del palacio estaban guardadas y muy bien cerradas, el Hambre, penetró en el palacio real y el mismo monarca supo por vez primera lo que hacía sufrir la falta de comida. Culpó a sus servidores y los trató tan mal que, uno tras otro, lo abandonaron, de modo que, por último, en todo el reino solamente había dos habitantes: el rey y una hija suya, Metra, que le fué fiel en todos sus pesares.

Ceres seguía reteniendo la lluvia, de modo que en todo el reino apenas podía vivir ningún animal o planta. Donde los campos fueron verdes y los prados, en otro tiempo frecuentados por el ganado, no había entonces más que arena. Los viajeros aun pasaban por la carretera que corría a corta distancia del palacio real, cuando se dirigían a una rica ciudad de la

costa. Y así, tanto el rey como su hija Metra, sólo podían satisfacer su extrema necesidad, sentándose a un lado de la carretera y mendigando a los viajeros.

Por último y torturado por un hambre rabiosa, el Rey vendió un día a su hija como esclava a un mercader que pasaba. De este modo obtuvo las provisiones necesarias para satisfacer su apetito durante algún tiempo; pero aun aquella provisión de comida comprada a tan caro precio, no podía durar eternamente y así el rey llegó a sentir nuevamente un hambre terrible sin esperanza de calmarla. Su reino habíase convertido en un desierto y ya no tenía ningún amigo. ¡Cuánto habría querido abandonar su magnífico palacio y el vano honor de ser rey de un país abandonado a cambio de ver otra vez vivo el gigantesco roble, y su reino fértil y floreciente como en otro tiempo! Pero era ya tarde. Ni siquiera Ceres habría tenido el poder de hacer revivir los árboles de la sagrada alameda, ni tampoco de devolver la vida a las hamadriadas que los habitaron.

EL LABRADOR QUE TENIA LA MUJER Y LAS HIJAS TONTAS

En otro tiempo había un labrador que tenía mujer y tres hijas. Pero es preciso advertir al lector que las cuatro eran tan tontas que había resultado muy difícil averiguar cuál de ellas aventajaba en tontería a las demás.

Un día la hija mayor, que era el orgullo de toda la familia, salió del pueblo después de oír misa, para dar un paseo. Descubrió de pronto un alto acantilado y se dirigió a la cima donde se sentó. Y a los pocos instantes empezó a llorar y a quejarse desconsoladamente.

—¡Oh, Dios mío! Pensar que un día me casaré y tendré un hijo. El vendrá luego aquí, donde estoy yo, se caerá por el acantilado y se matará.

Sus hermanas, extrañadas por la ausen-

cia, se preguntaban qué podría haberle ocurrido. Y al fin decidieron que la segunda hermana fuese a buscarla. Ella preguntó a varios vecinos el camino que siguiera su hermana mayor y, al fin, llegó a su lado. Continuaba sentada en la roca y llorando.

—¿Qué dolor te aflige, querida hermana?— preguntó la segunda.

—¡Ay!—exclamó la mayor—. ¿Ves este alto acantilado? Pues en cuanto me case y tenga un hijo, que será tu sobrino, el pobrecillo vendrá aquí, se caerá y se matará.

La otra hermana se echó a llorar con toda su alma. Al poco rato llegó la menor. Hizo lo mismo que la hermana segunda y para evitar repeticiones diremos que, al fin, llegó la madre y también se echó a llorar como sus tres hijas.

Mientras tanto el labrador andaba buscando a las cuatro mujeres, lleno de ansiedad por lo que hubiese podido ocurrirles, mas al fin las encontró llorando lágrimas como puños y al preguntarles por qué se desesperaban de aquel modo, ellas le contestaron que la hermana mayor no tardaría en casarse, que tendría un hijito y que éste se despeñaría desde aquella altura.

—¡Dios mío! ¡Malditas seáis todas! ¡Cuán-

do acabaréis con vuestras idioteces? ¿Acaso no tendréis nunca sentido común? Juro por Dios que me marcho ahora mismo del pueblo, abandonándoos a vuestro destino, porque, de lo contrario, seríais causa de mi muerte.

En efecto, a pesar de que ellas lo acompañaron a su casa, el labrador hizo un lío con su ropa y dijo a las mujeres:

—Si la fortuna quiere favoreceros y yo encuentro gente más tonta que vosotras, quizá volveréis a verme; de otro modo vuestros ojos perderán su brillo antes de que puedan fijarse en mí otra vez.

El labrador emprendió el viaje y, al cabo de algunas horas, llegó a otro pueblo. Al pasar por delante de otra casa oyó llantos y lamentaciones y se asomó para ver qué ocurría y entonces distinguió a una mujer sentada al lado de una cuna en la que había un niño, y colgada de la pared vió un hacha. La mujer no cesaba de llorar.

—¡Pobre hijito mío! Muerto por un hacha

—¿Por qué lloráis, buena mujer?—preguntó el labrador.

—¿Acaso no veis que ese hacha caerá y matará a mi niño? ¿Y aun me preguntáis por qué lloro?

—¡Caramba, esa es más tonta que mis mujeres!—se dijo el labrador y, en voz alta, añadió—. ¿Qué me dais si salvo a vuestro hijo de una muerte tan aciaga?

—¡Oh, lo que queráis, buen hombre! ¿Mi vida? ¡Sería capaz de daros mi vida, si os sirviese de algo!

Entonces el labrador tomó la cuna y la puso en el lado opuesto de la estancia.

—Ya lo veis, buena mujer. No hay ningún motivo para que sigáis llorando.

El labrador recibió una buena cantidad, en concepto de regalo, y prosiguió su viaje.

Pronto llegó al lugar en donde estaba reunido un numeroso grupo, del cual partían gritos y lamentos. Acercóse para ver qué ocurría y entonces vió a un individuo alto que había ido a casarse, pero la puerta de la casa era bastante baja y él no quería inclinarse para entrar. Y la gente se preguntaba si valdría más cortarle los pies o la cabeza ya que, al parecer, no hallaban otra alternativa. El labrador se desternilló de risa al enterarse del caso y luego se dirigió al grupo, exclamando:

—¿Por qué lloráis de eso modo, buena gente?

Ellos explicaron el apuro en que se hallaban.

—Bueno. Yo os lo arreglaré—contestó el labrador—. ¿Qué me daréis en cambio?

—Lo que queráis, pero hacednos ese favor.

—Bueno, vamos a ver, muchacho—exclamó el labrador apoyando la mano en la nuca del novio—. Inclina un poco la cabeza—y en cuanto lo hubo logrado y le hizo pasar la puerta, añadió—: Bueno, ahora puedes levantar la cabeza, pero cada vez que quieras entrar o salir por esa puerta debes inclinar la cabeza, ¿comprendes?

Luego asistió a la boda y al festín y, finalmente, se despidió de todos y prosiguió su camino.

A cierta distancia vió a una vieja que tenía a una marrana a la que lavó y adornó con toda suerte de joyas para ir a la boda, porque, según afirmaba la buena mujer, aquella marrana era su hija. Y, al divisar al labrador, exclamó:

—¡Oh, hijo mío! Hazme el favor de llevar a mi hija a la iglesia porque, como ves, soy vieja y no puedo acompañarla. Te pagaré la molestia.

—Con mucho gusto, abuela—contestó el labrador, siempre aprovechado.

Luego tomó la marrana y la hizo andar, precediéndole, en tanto que la vieja gritaba:

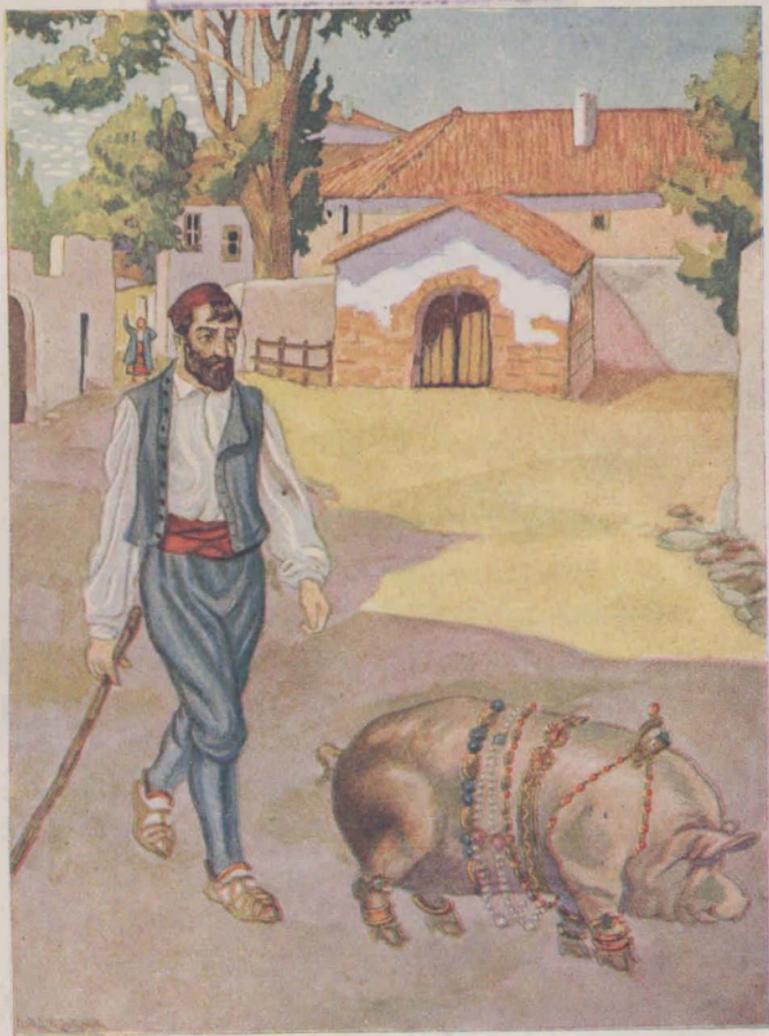
—¡No te olvides de traerme un pastel de la boda!

En cuanto el labrador hubo dado la vuelta a la primera esquina, despojó a la marrana de todas sus joyas y, cargado de tesoros, emprendió el viaje de regreso para reunirse de nuevo con su familia.

—Bien venido, padre—exclamaron las hijas—. ¿Qué has hecho durante tu ausencia? Todas estábamos desesperadas.

—Me figuré—contestó él—que no había en el mundo personas más tontas que vosotras, pero lo cierto es que he visto algunas que os aventajan cien veces. Por lo tanto me resignaré a vivir en vuestra compañía.

Y con las ganancias de su viaje pudo dotar y casar a sus hijas. En adelante vivió feliz con su mujer, a pesar de que ésta hacía de vez en cuando alguna tontería de las gordas. Y quizá aun viven dichosos.



¡No te olvides de traerme un pastel de la boda!

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

CONSTANTES Y EL DRAGON

En otro tiempo hubo un anciano que tenía tres hijos, y los tres decidieron abandonar su casa y a su padre con objeto de aprender un oficio.

Encamináronse, pues, a las tierras altas, con objeto de hallar trabajo y mientras cruzaban una extensa llanura, vieron un campo, de trigo, ya en sazón, pero que no había sido segado todavía. Entonces los tres hermanos se dijeron:

—A ver, muchachos, vamos a segar este trigo y quienquiera que sea el dueño, ya nos pagará el trabajo.

Tomaron las hoces que llevaban en las alforjas y empezaron a trabajar. Cuando ya estaban a punto de terminar la tarea notaron que las montañas empezaban a temblar y, a los pocos instantes vieron venir hacia ellos a un dragón espantoso.

—¡Vámonos, muchachos!—exclamó el mayor—. No perdamos el tiempo, porque ahí viene el dueño del campo.

Pero el dragón los alcanzó antes de que pudieran alejarse y, con voz afable, los saludó:

—Buenos días, muchachos.

—Buenos días, amo—le contestaron.

—¿Qué hacéis aquí?—preguntó el dragón.

—Hemos visto que el campo estaba sin segar y lo hemos hecho nosotros persuadidos de que el amo nos pagaría nuestro trabajo.

—Me parece muy bien—contestó el dragón.

—Por consiguiente podéis seguir la tarea.

Al poco rato el dragón se dirigió al hermano menor, llamado Constantes, y le dijo:

—¿Ves esa montaña? Pues bien, allí vive mi esposa. Llévale esta carta.

Constantes tomó la carta, pero como era un muchacho muy astuto díjose, mientras se dirigía a su destino, que mejor sería abrir la carta y leerla. Así lo hizo y vió que decía: “Mata inmediatamente al hombre que te mando. Mételo en el horno y ásallo para que esté dispuesto a la hora de cenar.”

En vista de eso, el muchacho rasgó la carta en mil pedazos y escribió otra así concebida: “Mi querida esposa: en cuanto llegue el por-

tador de la presente mata en su obsequio el mejor pavo que tengamos, rellénalo y luego mándalo aquí juntamente con un cesto lleno de pan para los segadores.”

Cuando el dragón vió regresar a Constantes cargado con dos cestos, murmuró para sí:

—¡Caramba, este muchacho es más astuto que yo! ¡Venid, muchachos, dejemos el trabajo y vamos a mi casa para que pueda pagarnos!

Los tres muchachos terminaron la siega y el dragón los llevó a su casa. Por el camino, Constantes dijo a sus hermanos:

—Tened cuidado, hermanos. Abrid bien los ojos, porque vamos a un lugar peligroso.

Aquella noche, cuando ya el dragón y su esposa se habían acostado, Constantes se levantó, despertó a sus hermanos y luego, despacio, y sin hacer ruido, se acercó a la cama de la esposa del dragón, le quitó una sortija de la mano y salió de la casa en compañía de sus hermanos.

Cosa de tres horas después, los tres estaban ya en el pueblo. Mientras tanto el dragón se levantó y buscó a los tres muchachos con objeto de devorarlos, y su esposa, al darse cuenta

de la desaparición de la sortija, exclamó desolada:

—¡Oh, dragón! Me han robado la sortija.

Este se apresuró a ir en busca de su caballo, lo montó y empezó a buscar a los tres muchachos. De lejos los descubrió cuando ya se aproximaban al pueblo y, con toda su fuerza, exclamó:

—¡Detente, Constantes, porque así podré pagaros!

Pero ellos le contestaron que no querían paga alguna. Mas el dragón, a gritos, les ordenó que retrocediesen.

Los tres hermanos no le dieron ninguna respuesta y así llegaron al pueblo.

Poco tardaron en emplearse; el mayor como pañero, el segundo de carpintero y Constantes, que era el más joven, de aprendiz de sastre. Pero el hermano mayor tenía celos del menor porque poseía la sortija y para apropiársela estaba dispuesto a cualquier cosa, incluso a darle muerte. Y para lograrlo sin riesgo alguno, se dirigió al palacio real y, después de pedir audiencia, dijo al soberano:

—Vuestra Majestad tiene muy bellas cosas, pero si poseyera el cobertor de diamantes del

dragón podría contarse entre los monarcas más felices de la tierra.

—¿Y cómo lo obtendré?—preguntó el monarca—. ¿Quién será capaz de ir a buscarlo?

—Para ello—contestó el hermano mayor—, Vuestra Majestad podría hacer pregonar un bando diciendo que quien sea capaz de ir en busca del cobertor del dragón, recibiría, si lo trajese, grandes riquezas y títulos de nobleza. Luego podría hacer llamar a mi hermano menor, que es sastre, ordenándole que se encargue de eso, y si se niega, podríais amenazarle con la muerte.

El Rey hizo pregonar aquel deseo, pero nadie se atrevió a acometer tal empresa. En vista de eso, envió a su Visir a visitar a Constantes, para darle la orden de que fuese en busca del cobertor adornado de diamantes, que estaba en poder del dragón, y amenazarle de muerte, en caso de que se negara.

¿Qué otra cosa podía hacer Constantes?

Emprendió el viaje, diciéndose:

—¡Ojalá me acompañe la bendición de mi madre y de Dios!

En su camino encontró a una anciana, y al verla, le dijo:

—Buenos días, madre.

—Lo mismo te deseo, hijo—le contestó ella.
—¿Adónde vas?

—El Rey me ha ordenado ir en busca del cobertor de diamantes del dragón.

—¡Ay, hijo mío, hallarás la muerte!

—Pero ¿qué puedo hacer si no?—replicó él.

—Vuelve a presencia de quien te envió y dile que te dé tres cañas llenas de insectos de toda clase. Una vez las tengas en tu poder, te acercas, de noche, a la casa del dragón, por la parte posterior, cuando ya el dragón duerma y, sin ruido, practicas un agujero en la pared. Luego vacía el contenido de las cañas sobre el lecho del dragón. Este y su esposa no podrán resistir las picaduras de los insectos y, tomando el cobertor, lo saecarán por la ventana, dejándolo colgado sobre el antepecho.

Entonces tú lo tomas y echas a correr lo más de prisa que puedas, pues si el dragón te coge, te devorará.

El muchacho siguió exactamente el consejo que le dió la anciana y, en efecto, todo sucedió tal como había proyectado. Se apoderó del cobertor y huyó con él.

Ahora dejaremos a Constantes por un tiempo para fijarnos en el dragón que, al levantarse, echó de menos el cobertor.

—¡Caramba!—exclamó, dirigiéndose a su mujer—. ¿Qué se ha hecho del cobertor?

—No lo sé—contestó ella.

—Estoy seguro —contestó el dragón— de que nadie más que Constantes ha sido capaz de robarlo.

Luego se dirigió a la cuadra, tomó su mejor caballo, montó en él y, a las dos horas, alcanzó a Constantes. Al verlo, gritó:

—¡Devuélveme el cobertor! ¿De qué astucia te has valido, perro?

—Pues mira—le contestó Constantes—, lo que he hecho no es nada. Pronto verás otras cosas mènos agradables todavía.

Por más que hizo el dragón, no le fué posible alcanzar a Constantes, porque éste se hallaba ya dentro de las fronteras del Rey y no tuvo más remedio que desistir de su intento.

Constantes llevó el cobertor al Rey y éste ordenó que le hiciesen inmediatamente dos trajes, de modo que el joven volvió al taller para continuar su trabajo.

Pero pasados veinte días, el hermano mayor volvió a presentarse al Rey, preguntántole:

—¿Acaso mi hermano os ha traído el cobertor, Majestad?

—Sí, y estoy entusiasmado con él—contestó el monarca.

—¡Ah, señor!—replicó el hermano mayor.—si tuvieseis el caballo y la campana que pertenecen al dragón, ya no tendríais nada más que desear.

El Rey, al oír estas palabras, dió orden de pregonar otro bando, pero tampoco encontró a nadie que se atreviese a realizar aquella hazaña. Y el patrón de Constantes llamó al joven y le dijo que el Rey tenía necesidad de él.

El pobre muchacho acudió de nuevo a palacio y el monarca, al recibirlo, le ordenó, bajo pena de muerte, que fuese en busca del caballo y de la campana del dragón.

¿Qué podía hacer el muchacho más que obedecer?

Emprendió el camino, preguntándose cómo podría apoderarse del caballo y la campana, pues si la última resonaba, aunque fuese al tocarla ligeramente, el dragón despertaría y lo devoraría.

Encontró nuevamente a la anciana en el mismo lugar que la otra vez y, al verla, la saludó cariñosamente. Ella le preguntó a donde iba y el muchacho, muy apurado, le dió cuenta de la misión que le habían impuesto.

—Pues bien, vuelve a la capital—dijo la vieja—y diles que te den cuarenta y una estaquillas, porque la campana tiene otros tantos agujeros. Provisto de ellas, dirígete a la casa del dragón, procurando llegar de noche, y no pierdas tiempo en meter todas las estaquillas por los agujeros de la campana. Cuida mucho de que no quede ninguna al descubierto porque, de lo contrario, el dragón te devoraría. Pero, en fin, si por alguna causa, sonase la campana, vete al henil y escóndete entre el salvado. Entonces acudirá el dragón, diciendo que huele a carne humana, tú no te muevas y cuando se haya vuelto para subir la escalera, tapa con la estaquilla correspondiente el agujero de la campana que esté libre, monta a caballo y emprende la fuga.

Constantes obedeció en todo las instrucciones de la anciana, se apoderó del caballo y la campana y emprendió la fuga.

El dragón, inmediatamente, montó en otro caballo, lo persiguió y, al fin, alcanzó a Constantes, ya dentro de la frontera del rey, entonces le gritó:

—¡Ladrón, devuélveme el caballo y la campana! Te prometo no hacerte ningún daño.

—¡Bah!—exclamó Constantes—. Lo que

acabo de hacer no es nada. ¡Ya verás otra vez!

El dragón, encolerizado en gran manera, regresó a su casa y, mientras tanto, Constantes se presentó al Rey para entregarle el caballo y la campana. Luego se volvió a su taller, para reanudar el trabajo.

Pasados unos días, el hermano mayor volvió a presentarse al monarca exclamando:

—¡Oh, señor! ¿Os ha traído mi hermano el caballo y la campana?

Y en vista de la respuesta afirmativa del Rey, añadió:

—Sólo os falta una cosa, señor—si pudierais apoderaros del dragón para exhibirlo ya no podríais desear nada más.

El Rey se entusiasmó al oír aquella proposición y, como la vez primera, hizo publicar un bando, pero como no hallara a nadie capaz de cometer aquella hazaña, hizo llamar a Constantes y se la impuso.

El joven emprendió de nuevo el camino, encontró otra vez a la anciana y ésta le aconsejó que fuese a pedir al Rey un traje astroso, una hacha, una sierra, un berbiquí, diez clavos y cuatro cuerdas. Con estas herramientas debía dirigirse a las cercanías de la casa del dragón y labrar la madera de un árbol. Y le

dió otras instrucciones acerca de su conducta.

Constantes obedeció puntualmente las órdenes de la anciana y mientras estaba trabajando después de haber derribado el árbol, el dragón le preguntó qué hacía allí, pues no lo reconoció, ya que el muchacho se había disfrazado de viejo.

—Estoy haciendo un féretro para Constantes—replicó—. Acaba de morir y es preciso enterrarlo.

Alegróse en extremo el dragón al oír esta noticia y aun ayudó en su trabajo al fingido anciano.

Luego Constantes le invitó a que se metiera en el ataúd para ver si cabría el cadáver de su enemigo y el dragón, sin sospechar cosa alguna, le obedeció. Mientras tanto Constantes, ajustó la tapa, la clavó, ató el ataúd con las cuerdas y luego lo cargó en su caballo. De este modo, y a pesar de las protestas del dragón, lo llevó a presencia del Rey, el cual quedó muy satisfecho.

—Ahora que os he traído el dragón—dijo el hermano menor — ordenad que venga mi hermano mayor y mandadle que abra el ataúd.

Pero el hermano mayor aconsejó entonces

al Rey la conveniencia de apoderarse de la sortija de brillantes de la esposa del dragón.

Las cosas ocurrieron como las veces anteriores y Constantes, siguiendo las instrucciones de la anciana llevó a la esposa del dragón una carta concebida así:

“En cuanto recibas esta carta mata al portador, mételo en el horno y ásallo. A mi regreso, me lo comeré.”

La esposa del dragón recibió la carta y ella le ordenó aguardar mientras preparaba el horno. Luego dió instrucciones al muchacho para que entrase en él, para ver si estaba bastante caliente, pero Constantes se hizo el tonto, fingiendo no entender sus instrucciones. Ella, irritada, se metió en el horno para enseñárselo y, aprovechando aquel instante, el joven le dió un empujón, quitándole al mismo tiempo la sortija y cerrando la puerta del horno.

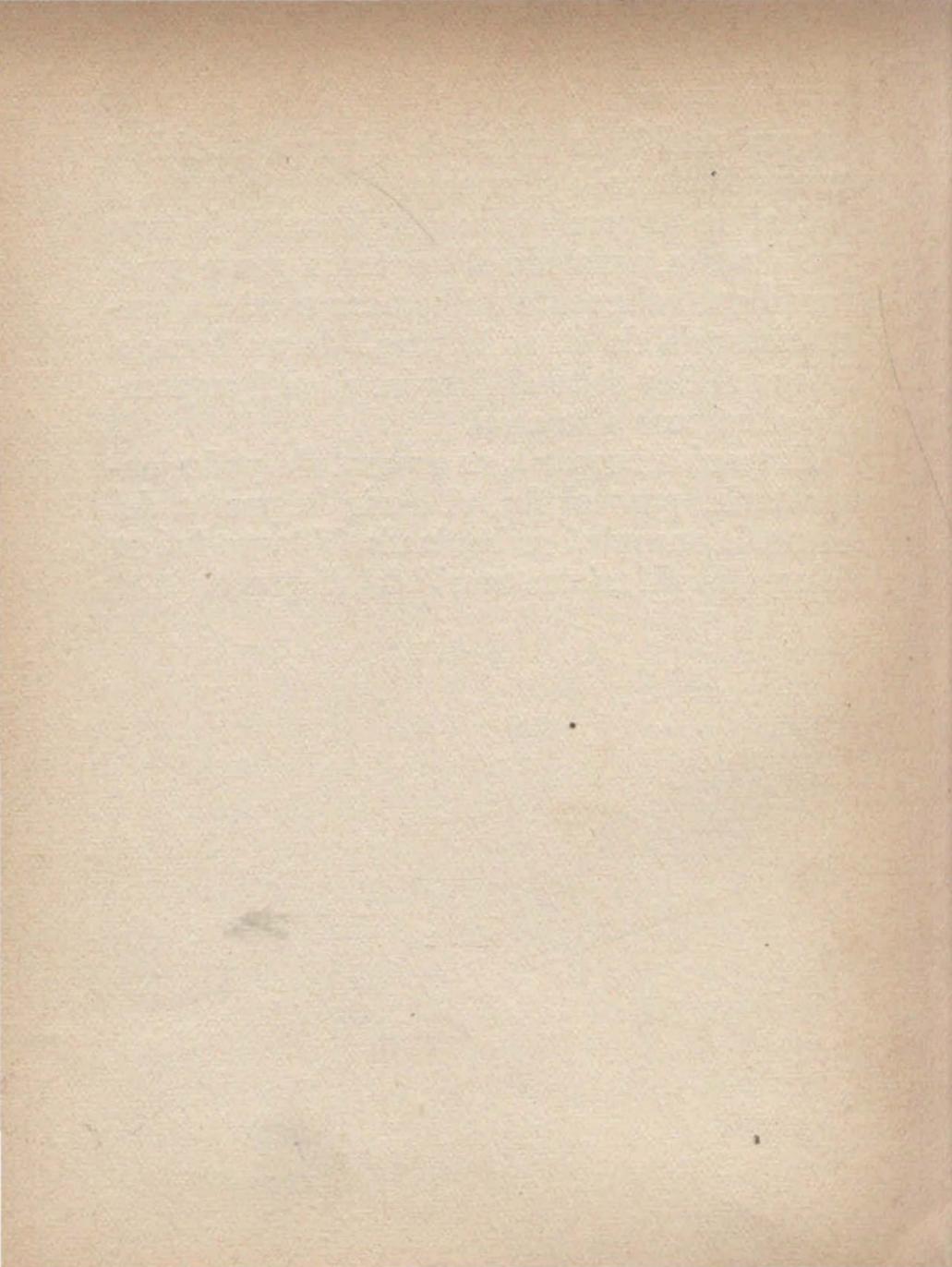
Cuando Constantes llevó al Rey la sortija recomendó a éste la conveniencia de llamar a su hermano mayor para que abriese el ataúd. Además, eso debía de hacerse en presencia de todo el pueblo.

El monarca, deseoso de complacer a Constantes, siguió, punto, por punto, sus instrucciones, y a la mañana siguiente el hermano

mayor recibió la orden de abrir el ataúd en presencia de todo el pueblo.

Mal de su grado tuvo que levantar la tapa y el dragón, asustado al ver tanta gente y notando que solamente un hombre estaba a corta distancia de él, se lo tragó de un bocado. Luego el Rey soltó al dragón, el cual emprendió el regreso a su casa.

Empezó a buscar a su esposa, sin poder encontrarla, pero al fin, al abrir la puerta del horno, la encontró carbonizada. Y tanto fué su dolor, que allí mismo murió del disgusto.



LA SERPIENTE, EL PÉRRO Y EL GATO

En las cercanías de un bosque vivía una mujer muy pobre y viuda, que solamente tenía un hijo. Y era tanta la miseria que reinaba en la cabaña de la viuda que ni ella ni su hijo tenían nada que comer. Cuando ya el hambre era casi inaguantable, el muchacho fué a coger una carga de leña y, cargando con ella, dirigióse al pueblo inmediato, donde consiguió venderla por un par de monedas de cobre.

Muy contento emprendió el regreso a su casa cuando por el camino encontró unos muchachos que se disponían a dar muerte a una serpiente. El, compadecido, les dijo:

—Si dejáis en paz a ese animal os daré una moneda de cobre.

Los muchachos aceptaron el trato y soltaron al reptil, el cual empezó a seguir a su salvador. Y así que el muchacho estuvo en su cabaña, dió cuenta a su madre de lo que había hecho.

La pobre mujer le regañó mucho, diciéndole:

—No te enojés, madre—le contestó el muchacho—. Ya verás como un día u otro esa serpiente nos será útil.

Luego el muchacho volvió al bosque y después de recoger otro haz de leña, emprendió de nuevo el camino al pueblo.

Vendió también la leña y en su camino de regreso encontró a unos muchachos que se disponían a matar a un perro. El chico, compadecido, salvó la vida del animal mediante una moneda de cobre, y el can lo siguió, trotando muy satisfecho.

Al llegar a su casa refirió a su madre lo que había hecho, y ella, nuevamente le reconvinó por su conducta.

Pero el muchacho no hizo gran caso del regaño y se volvió al bosque. En breve hubo reunido otro haz de leña que también llevó al pueblo y vendió, pero, a su regreo, vió a un grupo de muchachos que se disponían a matar a un gato y aquella vez también salvó la vida del animal mediante el pago de una moneda de cobre.

El minino lo siguió hasta su cabaña y allí la madre volvió a regañar al muchacho por su

extraña conducta, pero él contestó que ya llegaría la ocasión en que alguno de aquellos tres animales, o quizá todos, les serían útiles.

Varios días después y cuando el muchacho menos esperaba tal maravilla, la serpiente se dirigió a él y tomando la palabra, le dijo:

—Llévame al lado de mi padre y de mi madre. Ellos querrán recompensarte, pero no aceptes ni oro ni plata, pide a mi padre que te entregue la sortija de sello que lleva en uno de sus dedos y ya verás como esa joya te proporciona grandes beneficios.

Repuesto el muchacho de su sorpresa siguió a la serpiente y siguiendo las instrucciones que le daba, llegó hasta el lugar en que vivían su padre y su madre. Una vez en presencia de ellos les anunció que el muchacho que le acompañaba, le había salvado la vida.

—Bien, muchacho—contestó el padre de la serpiente—, te lo agradezco mucho. ¿Qué pago puedo darte por haber salvado la vida de mi hija?

—No quiero ni oro ni plata—contestó el muchacho—. Sólo me gustaría que me regalaseis la sortija de sello que veo en uno de vuestros dedos.

—Mucho me pides, tanto que no puedo con-

cedértelo—contestó el padre de la serpiente.

Pero ésta fingió enojarse y se manifestó dispuesta a regresar con el muchacho, diciendo:

—Toda vez que no queréis darle la sortija de sello, a pesar de que me salvó la vida, yo le seguiré a donde vaya, porque es mi amo.

Entonces el padre de la serpiente se resignó. Dió la sortija al muchacho y le dijo:

—Cuando desees algo oprime el sello de la sortija y, en el acto, aparecerá un negro gigantesco. Entonces le ordenas lo que quieras y él obedecerá.

El muchacho dió las gracias muy satisfecho, se despidió y volvió a su casa.

Al verlo, su madre, muy triste, le dijo:

—¿Qué comeremos hoy, hijo mío? En casa no tenemos una sola miga de pan.

—Vete al armario, madre—le contestó el muchacho—y verás que está lleno de pan.

—¿Acaso te figuras que estoy ciega? Bien me consta que allí no hay nada.

—Haz lo que te digo y ya verás — replicó el muchacho.

Mientras la madre se dirigía al armario, él oprimió el sello de la sortija y apareció un negro gigantesco, preguntando:

—¿Qué me mandas, señor?

—Que llenes el armario de pan—ordenó el muchacho.

Tan rápidamente cumplió el negro la orden que cuando la madre abrió la puerta del armario, pudo ver que, en efecto, estaba lleno de panes.

Así comieron aquel día hasta saciar su hambre y tanto les duraron aquellas provisiones que, durante algún tiempo, no hubo necesidad de pedir nada más.

Cierto día el muchacho dijo a su madre:

—Te ruego, madre, que vayas a presentarte al Rey y le pidas la mano de su hija, la princesa, para mí.

—¿Estás loco?—preguntó la madre, asombrada.

—Te ruego que vayas—insistió el muchacho

Al fin la buena mujer se resignó y emprendió el camino. Cuando, después de varias solicitudes, fué admitida a presencia del Monarca, le dijo:

—Mi hijo, señor, desea casarse con la princesa.

—Pues dile—contestó el Soberano—que se la daré si es capaz de construir un palacio mayor que el mío.

Desalentada, regresó la viuda a su cabaña, pero el muchacho oyó tranquilo el mensaje y aquella misma noche oprimió el sello del anillo y ordenó al negro que construyese un palacio mucho mayor y mejor que el del soberano.

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras, cuando se vió en el interior de aquel magnífico palacio.

A la mañana siguiente, el muchacho envió a su madre a presencia del monarca para decirle que se había cumplido su orden, pero el Rey le impuso entonces la condición de que construyera de un palacio a otro un pavimento de oro.

Fácilmente pudo el muchacho cumplir esta condición y como el Rey ya no supo qué decir, consintió en que se celebrase el casamiento.

Al enterarse la princesa de lo ocurrido se mostró muy satisfecha. Pidió únicamente a su padre que le cediese un esclavo joven para que estuviera a sus órdenes, cosa en la que consintió el Rey.

Luego se celebró la boda y el matrimonio vivió feliz durante algún tiempo, pero luego la princesa se enamoró del esclavo, y una no-

che robó a su marido la sortija de sello. Hecho esto, emprendió la fuga con el esclavo y gracias al poder de la sortija dispuso de un palacio magnífico a orillas del mar.

Después de la fuga de la princesa, el gato se acercó a su amo y, al verle muy triste, le preguntó qué le sucedía. El se lo contó y entonces el gato pidió a su amo que le cediese el perro para montar en él, pues se proponía rescatar la sortija mágica.

Partieron gato y perro, el primero llevando al segundo, y al llegar a la vista del palacio de la princesa, el gato encontró un ratón y le dijo:

—Si quieres que te perdone la vida, es preciso que esta noche, mientras el esclavo esté dormido, le metas el rabo en la nariz para que estornude.

El ratón aceptó de buena gana aquel encargo y en cuanto llegó la noche y el esclavo se hubo dormido, le metió el rabo por la nariz, haciéndole estornudar; al mismo tiempo el esclavo abrió la boca y salió disparada la sortija que ocultaba en ella. El gato se apoderó de la joya y montando a lomos del perro, emprendió rápidamente el camino de regreso.

Pero aquella vez tuvieron precisión de cru-

zar a nado un brazo de mar y mientras el perro nadaba con toda su fuerza, dijo al gato:

—Por tu vida, Uñaslargas, déjame ver esa maravillosa sortija.

—Bueno, examínala—le contestó el gato.

Al mismo tiempo se la entregó, pero el perro, con la mayor torpeza, la dejó caer al fondo del mar. Un pez se la tragó y, en el acto, adquirió hermosos colores.

—¡Idiota!—gritó el gato—. ¿Cómo podré presentarme ahora ante mi amo? En fin, dirígete a toda prisa a ese puerto.

Una vez en el puerto, el gato visitó varios buques hasta llegar al barco en que acababan de pescar aquel pez.

El minino, cariñosamente, empezó a frotarse contra las piernas del capitán y éste, complacido, llamó al cocinero y le ordenó que diese al gato las tripas de los pescados que estaba guisando. El gato buscó y encontró rápidamente la sortija dentro de la tripa de un pescado y apoderándose de la joya echó a correr, presentándose ante su amo.

—¡Muchas gracias!—exclamó éste al ver la joya—. ¿Qué recompensa quieres por tu fidelidad?—preguntó su amo.

—¡Que mates al perro!—dijo el gato—pues

por su causa he estado a punto de perder la sortija.

Luego le dió cuenta de todo lo sucedido y cuando éste se disponía a matar al perro, el gato tuvo lástima y rogó a su amo que perdonase al pobre can.

Luego el joven príncipe se apresuró a oprimir el sello de la sortija y en cuanto apareció el negro, le ordenó que trajera el castillo en que habitaba la princesa con todos su habitantes.

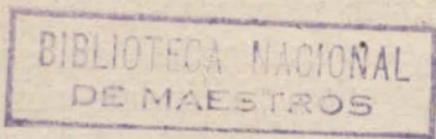
Así que se hubo cumplido la orden, el príncipe dió muerte al esclavo y, al mismo tiempo, deshizo el encantamiento que había deslumbrado a la joven princesa.

Esta, al ver a su legítimo esposo, cayó de rodillas a sus pies, pidiéndole perdón y jurando que nunca había cesado de amarlo. El la levantó y estrechó en sus brazos perdonándola de todo corazón y en adelante no tuvo que luchar con nuevas desgracias, pues su vida transcurrió tranquila y serena al lado de la princesa.

Algunos años más tarde murió el Rey y el pueblo, que quería mucho a los príncipes, los elevó al trono. En cuanto al gato, llevó desde entonces una vida magnífica. Tenía una vajilla

de oro para su uso particular, pescado en abundancia, leche y algunos ratones blancos que le servían de entretenimiento. En una palabra, nada faltaba para su regalo

El perro, aunque igualmente tratado, nunca llegó a gozar de tantas consideraciones como el gato, cosa que lo ponía de muy mal humor.



P
2-93
256
LITERATURA INFANTIL - CUENTOS

